Trabajadores de campo. Cuentos de comunidad, AUGUSTO MATEU CÚEVA.

Ilustraciones de Camino Sánchez.—Lima, Taller gráfico de P. Barrantes C., 1938. 1.50 soles.

En un concurso literario de obras peruanas promovido por la Acción Cultural Jaujina con motivo del Día del Indio, el jurado calificador, teniendo que escoger entre diez y ocho trabajos, otorgó el primer premio a la modesta colección de cuentos arriba mencionada. Es la obra de un autor casi desconocido hasta entonces en el mundo literario del Perú, pero a juzgar por la primicia que tenemos, con ésta y con las otras que tiene en preparación, no tardará en llegar a ser conocido más allá de las fronteras nacionales.

Los cuatro cuentos de que consta esta colección no llevan la voz exaltada de un predicador, entusiasmado abogado de reformas sociales; no proponen remedios a injusticias y abusos sociales descritos con detalles nauseabundos. Y está bien, porque, aunque no todos hemos presenciado tales atropellos, hemos pasado por ellos en páginas y páginas llenas de lodo y de sangre. De seguro hay algo en la altiplanicie andina que no sea chocante a la vista y al olfato.

Con fina ironía que se siente más que otra cosa, Cueva nos presenta episodios de suma importancia en la vida de los trabajadores del campo: el riego, el cultivo colectivo de un lote de terreno, la construcción de una escuela y el efecto desastroso de una escarcha inesperada. Localiza estos episodios por medio de descripciones cortas y penetrantes, algunas de las cuales tienen el efecto de un dibujo acertado de pocas líneas:

Sonríe la población a la claridad de la mañana. La luz del sol reverbera en el techo de las casas. Una tenue neblina azulada se difunde entre los eucaliptos corpulentos. El campanario se yergue, imponente. Las tiernas golondrinas, jubilosas, vuelan hacia las cornisas de la iglesia.

También sitúa los episodios, la psicología de los personajes, tipos que conoce el autor porque ha vivido entre ellos. No tienen, éstos, sentimientos propios de los habitantes de las grandes ciudades, ni anhelos de libertad adquiridos en libros modernos que no saben leer, ni aspiraciones ajenas a su ambiente. Son almas estrechas, a las cuales es verdad que han tocado ciertas ideas nuevas, pero sin cambiarlas radicalmente.

El autor no habla por boca de sus caracteres, ni trata de combinar los acontecimientos para llegar a un desenlace que probara una tesis. Hombres y mujeres están en acción, y si fracasan en sus planes, esto no se debe

a la mala organización de la sociedad: pues una vez se trata de un caso de fuerza mayor, y en otras ocasiones a los malos instintos de personas influyentes que triunfan. La vida es así, no más, y no hay necesidad de moralejas.

Hay cierta semejanza entre *El riego* y *La barraca* de Blasco Ibáñez, pero tal semejanza está implícita en el tema y Blasco no figura en los detalles del cuento peruano. Tal vez los entusiastas de la lengua criolla hubieran deseado más voces indígenas o conversaciones en dialecto regional; pero de seguro otros alabarán al autor el haber resistido la tentación de hacer alarde de su conocimiento del idioma de la comarca que describe. ¡Ojalá tengamos más libros hispanoamericanos que puedan leerse sin quebrantamientos de cabeza ocasionados por una jerga incomprensible!

STURGIS E. LEAVITT,
Universidad de North Carolina.

El arte nocturno de Víctor Delhez, FERNANDO DÍEZ DE MEDINA. Biografía poética, con 64 grabados del artista.—Buenos Aires, Edit. Losada, [1938]. 272 pp. (sin las ilustraciones). 12 pesos.

"Delhez escuchaba desconcertado por la rapidez de sus propias transiciones" — así nos habla el autor del *Arte nocturno* al referir uno de los episodios de la vida del grabador Delhez en París. Igualmente desconcertado, y por la misma causa, se encuentra el lector en los primeros capítulos de la biografía poética de que aquí se trata.

Empieza en Amberes, donde nació Víctor Delhez en 1902, y pasa a París, que llegó a ser la residencia de Delhez por algunos años, después de 1921. En esta parte el autor presenta primero a un muchacho y luego a un joven de tendencias tan contradictorias que no se puede entenderlas ni tener simpatías por el protagonista. Es como tratar de descifrar el significado de un calidoscopio. Ni los compañeros de Delhez, ni el autor, descubren el genio futuro. Nosotros tampoco. Verdad es que esto pudiera haber acontecido en el caso de los compañeros de Delhez, pero el autor de una biografía tiene el dón de la omnisciencia: él debe tener el secreto, y debe revelarlo poco a poco para mantener el interés del lector.

La personalidad de Delhez no surge del libro hasta que el autor le